

Revista de Antropología Social
2000, 9: 51-74

ISSN: 1132-558X

*Un camino y cien senderos. El trabajo de campo como crisol de disciplinas**

Juan José CASTILLO
Departamento de Sociología III.
Universidad Complutense de Madrid

*«¿Qué otra cosa he aprendido de los maestros
que he escuchado, de los filósofos que he leído,
de las sociedades que he visitado y de esa ciencia
misma de la que Occidente se enorgullece,
sino mendrugos de lecciones que, unas junto a otras,
reconstituyen la meditación del sabio al pie del árbol?»*

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Tristes trópicos*

I. UN LARGO CAMINO QUE SE HACE AL ANDAR

El objetivo de este texto es compartir con ustedes, esto es, debatir y poner(me) en cuestión, algunas reflexiones, parciales, sobre los problemas actuales que afronta la sociología del trabajo (aunque podría decirse simplemente, la sociología), tal y como se encarnan en uno mismo: un científico social, un ciudadano, con un particular perfil epistemológico, para decirlo como Bachelard.

Para ello he tratado de identificar algunas de las preocupaciones mayores en un programa de trabajo cuyo eje central es la reflexión sobre la propia disciplina, lo que conlleva, claro está, una reflexión sobre uno mismo, tratando de llegar al borde de aquello que podría poner en cuestión la propia integridad, hasta donde el cuerpo aguante. En esto creo seguir estando de acuerdo con

* Ponencia invitada al III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Buenos Aires, mayo de 2000.

aquel rector de Salamanca que tanto me influyó en mi primera juventud, Don Miguel de Unamuno que escribía allá por 1911: «He conocido tristes tragedias de éstas, la del que acaba en lamentable insinceridad por mantener ante las gentes un prestigio de austera consecuencia, y la del que calla o disfraza lo que siente respecto a otros para no aparecer humano, acaso demasiado humano. Pero yo creo —y yo también, por supuesto— que un escritor debe pasar por todo menos por decir en privado lo contrario de lo que en público dice»¹.

En todo caso, creo que el esfuerzo reflexivo y público vale la pena, pues tengo para mí por buena la reflexión de Espinosa, por más que pueda a uno dejarlo en cueros, en estos fríos tiempos tecnocráticos: «cuánto más vale el sabio, y cuánto más poderoso es que el ígnaro [que] vive casi inconsciente de sí mismo, de Dios y de las cosas»².

No teman, sin embargo, que les vaya a contar mi vida aunque, claro está, difícil es, como quería en otro terreno el conocido mercader, hablar de obras sin hablar de obreros, de carne sin sangre. Además, «aún cuando se quiera ser sincero es muy raro que se consiga tal propósito. La culpa es en primer lugar del público, que gusta de que uno se acuse, pero no tolera que uno se elogie [...]. De tal suerte que la sinceridad se convierte en una profesión muy ingrata, en la que sólo pueden tenerse pérdidas y ninguna ganancia»³.

Este programa reflexivo ha corrido parejo, a lo largo de los últimos diez años, con mis preocupaciones de investigación, e incluso, creo, se ha ido entretrejiendo tanto con las investigaciones concretas que es difícilmente separable de ellas. Vale la pena remitir brevemente a esas etapas y con ellas a algunos de los textos publicados para que quien me lea (u oiga) pueda hacerse una idea más cabal del momento en que se sitúan. En «¿De qué posfordismo me hablas?», en 1993, intenté contraponer, hasta en el mismo título, una reflexión crítica a tanta palabrería que cubre la realidad social con metáforas espumosas que consiguen no sólo apagar cualquier fuego de reflexión, sino que también sofocan el marco de expectativas de los actores sociales. «¿Adónde va la sociología del trabajo?» fue, por invitación de los organizadores del I Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, en México, mi primer abordaje sobre los límites, socialmente contruidos, por supuesto, de la sociología del trabajo, tomando como punto de partida la observación más que anómala de que se investigara lo mismo por los científicos sociales en cualquier lugar del mundo, sin influir en ello la específica situación de cada país. En «El paraíso perdido de la interdisciplinariedad» hacía una apuesta por volver a releer, con nuestras (mis) preocupaciones actuales, los

¹ Miguel de Unamuno, «Sobre la tumba de Costa», *Nuestro Tiempo*, n.º 147, marzo de 1911.

² Baruch Espinosa, *Ética*, p. 392 (final).

³ Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la revolución de 1848*, p. 98.

clásicos de nuestra disciplina, que, por cierto, era entonces —en los clásicos— bastante interdisciplinaria. Un buen ejemplo de lo fecundo de esta aproximación ha sido, recientemente, el viaje al pasado para seguir de cerca cómo hacía investigación social, hace cien años, Beatrice Webb: sus preocupaciones, sus métodos, su trabajo directo de campo son una auténtica cima de la mejor sociología comprometida con la reforma social de su tiempo. «A la búsqueda del trabajo perdido» volvía a la carga llamando a la reconstrucción o refundación de la sociología del trabajo para poder así localizar e identificar su propio objeto de estudio, el trabajo, disuelto ahora entre las nubes de la ideología del fin del trabajo, y la invisibilización social (y a veces física) de trabajo y trabajadores. Y en éstas (y en éstas) estoy hoy con una investigación en marcha que continúa esta lucha científica y política, «El trabajo invisible en España: una evaluación y valoración del trabajo realmente existente, de su condición, problemas y esperanzas»⁴.

No llegaré a ser, como una querida colega me decía hace tiempo, iconoclasta, aunque quizá parezca un tanto irónico con nuestro gremio o comunidad científica. Pero si así le pareciera a alguien, me gustaría que se entendiera bien que al primero al que aplico lo que digo es a mí mismo, y que nada me gustaría más que parecerme a lo que Alvin Gouldner decía de C. W. Mills: «los más agudos críticos actuales de la sociología suelen ser sociólogos y estudiosos de la sociología»⁵. Y no digamos ya al ideal de Gaston Bachelard: «únicamente una filosofía iconoclasta puede emprender esta pesada tarea: separar todos los sufijos de la belleza, atreverse a encontrar, detrás de las imágenes que se muestran, las imágenes que se ocultan, ir a la raíz misma de la fuerza imaginante»⁶.

En fin, «aunque callarse es a menudo más difícil que hablar», para seguir con Bachelard, uno aprende de los maestros que este esfuerzo de reflexión es un ejercicio que no siempre se ve coronado por el éxito, porque mudan las cosas, los enfoques, las personas, y nosotros mismos. Por eso he creído útil contrastarlo con ustedes⁷.

⁴ Para las referencias de publicación, véase la bibliografía final.

⁵ Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, p.23.

⁶ Gaston Bachelard, *L'eau et les rêves*, 1942, p. 3. «Seule une philosophie iconoclaste peut entreprendre cette lourde besogne: détacher tous les suffixes de la beauté, s'évertuer à trouver, derrière les images qui se montrent, les images qui se cachent, aller à la racine même de la force imaginante».

⁷ La cita de Bachelard es de *Matérialisme rationnel*, p. 29. El maestro de referencia es Clifford Geertz en *Tras los hechos*, p. 12. Allí nos dice que las ciudades que ha estudiado han cambiado «pero, al mismo tiempo, ha cambiado el antropólogo. Y lo mismo se puede decir de la disciplina en la cual trabaja el antropólogo, de los principios intelectuales que la conforman y de las bases morales en las cuales ésta se asienta».

II. PENSAR PARA INVESTIGAR, INVESTIGAR PARA PENSAR

Los senderos que uno explora o recorre, a algunos de los cuales ya me he referido, acaban constituyendo el camino, un particular perfil epistemológico «que vale sólo para un espíritu particular que se examina en un estadio particular de su cultura»⁸.

La dirección hacia donde mira ese camino o perfil y la orientación del mismo puede decirse en pocas palabras. Ese camino mira hacia un horizonte: la cabal comprensión de la vida humana y la creación de posibilidades de contribuir a su mejora, a que haya más felicidad para cada vez más personas⁹. Y para ello coincidimos muchos en que «queremos entender la vida social en su riqueza y complejidad». Y para ello «debemos centrarnos menos en barreras disciplinarias y reconocer que dentro y a través de las disciplinas hay distintas perspectivas que arrojan luz sobre un tema inherentemente común, la vida humana»¹⁰. El camino que seguimos necesita, pues, cien senderos. Y necesita, sobre todo, que los recorramos. El pavimento de ese camino está constituido medularmente, en torno al trabajo de campo como una «teoría social para la acción», como una «manera teóricamente informada de trabajar» sobre el terreno, tal y como ha sido la marca o seña de identidad de la sociología del trabajo desde sus orígenes: teoría que interpreta la realidad sobre fuertes bases empíricas. O, como lo hemos dicho en más de una ocasión, una sociología que necesita pensar para investigar, y, simultáneamente investigar para pensar. Después de todo, podemos compartir «una idea común del trabajo sociológico como una colaboración fecunda de una exigencia teórica asumida y de un trabajo sobre el terreno indispensable, que da lugar a un compromiso político»¹¹.

Mi énfasis en esta visión *inseparable* de teoría e investigación concreta está íntimamente unido a esa necesidad de reflexión sobre la propia práctica sociológica que hoy en día me parece imprescindible. Porque sólo sobre la sociología realmente existente, la que se hace, se puede reflexionar con los pies (y la cabeza) en la tierra. Evidentemente, en esto estamos de acuerdo muchos científicos sociales¹². Pero, como si fuera una redundancia argumental, una

⁸ Gaston Bachelard, *La filosofía del no*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, p. 37. Aunque no sea el momento de completar esta presentación, extendiendo por mi parte el uso de la «noción de perfil epistemológico» también en el sentido de «estilo de conocimiento» de Fleck.

⁹ Germán Bernacer, *Sociedad y felicidad. Ensayo de mecánica social*, Madrid, Beltrán, 1916, 585 p.

¹⁰ Craig Calhoun: «Sociology, other disciplines, and the project of a general understanding of social life», en Janovitz y Halliday, 1992, cap. 4, pp. 137-195.

¹¹ Esta última cita es de Bénatouil, 1999, p. 282. Las anteriores, por orden son de William F. Whyte, 1991 y de Howard Becker, *Tricks of the trade*, 1998.

¹² «Es imprescindible unir lo teórico con lo práctico para obtener una producción etnográfica que se pretenda seria», dicen los estudiantes que aprendieron su oficio con E. Aguilar, al rea-

cosa es estar de acuerdo «en teoría», y otra bien distinta es la aplicación práctica, como ya destacué en su día al hablar del notable consenso «teórico», es decir declarativo, en torno a la interdisciplinariedad¹³. O como lo ha resaltado, con una coincidencia argumental notable, Robert Thomas en su espléndida investigación *Lo que no pueden hacer las máquinas*: insistiendo en la diferencia entre las grandes teorías y los minuciosos casos que deben «soportarlas»; insistiendo en la diferencia que encuentra cualquier investigador entre lo dicho y lo hecho por las empresas; y con ello, la necesidad de una estrategia de investigación que tenga presente, que cuente con las dificultades e insustituibilidad del trabajo de campo directo, en su caso, por el mismo investigador principal, las dificultades para conseguir *to get in*, la necesaria preparación para poder ser un «entrevistador creíble», la necesidad de no hacer descripciones teóricamente consistentes en el aire, o como lo remata, no hacer grandes elucubraciones que luego sólo se contrastan con algunos, pocos, días de «turismo industrial»¹⁴. Y eso en el mejor de los casos.

La posibilidad misma de una «elucidación crítica de las condiciones de la práctica del trabajo sociológico» puede abordarse con rigor sólo sobre la sociología que se hace, con un objetivo reflexivo que, obviamente no comenzamos hoy, pero que parece una perentoria (¿o permanente?) necesidad de hacer sociología de la sociología, porque, como todo agente social estamos «expuestos» y trabajamos bajo el peso, en muchas ocasiones, de la «urgencia social» de proponer análisis y diagnósticos que tendrán consecuencias, o que se podrán transformar en la argumentación que sostenga políticas de intervención social¹⁵.

lizar su estudio sobre las bordadoras de mantones de Manila en Sevilla (Aguilar, 1998, p. 197). Estos entonces estudiantes, Santiago Amaya, Alejandra González y Anastasia Tellez, que reflexionan sobre su práctica de trabajo de campo (pp.183-204), rematan su balance de la experiencia así: «aprendimos que no es lo mismo —y que a veces tiene poco que ver— la teoría que nos inculcan con la hora de la verdad en el campo» (p.203).

¹³ Véase mi «El paraíso perdido de la interdisciplinariedad: volver a los clásicos», incluido en el volumen *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Tecnos, 1998.

¹⁴ La obra de Thomas es *What machines can't do. Politics and technology in the industrial enterprise*, 1994. Las referencias citadas están en la introducción y el apéndice I, «Talking technology», pp. 37, 261-278. Lo de *workplae tourism* está en la p. 263.

¹⁵ La cita entrecomillada es de J. Romano: «Du travail à l'entreprise, d'une sociologie à une autre. Quelques reflexions epistemologiques», en *Sociologia del Lavoro*, Bolonia, n. 66-67, 1997 [pero, marzo de 1998], p. 93. Obviamente, al menos hay que volver a leer a Alvin Gouldner (hace treinta años), en *La crisis...*, «La vida de un sociólogo: Hacia una sociología reflexiva», pp. 437-464. Buford Junker sustancia este argumento magníficamente en el capítulo VI, y último, de su *Fieldwork*, «Social science, training for field work and living in society», (The University of Chicago Press, 1960, pp. 138-157). Afortunadamente tenemos una traducción al castellano, *Introducción a las ciencias sociales: el trabajo de campo*, Buenos Aires, Marymar, 1972. Y este capítulo, concretamente, lo hemos incluido en el libro *Ergonomía. Conceptos y métodos* (Castillo y Villena, 1998, pp.309-331).

Y para ello, cada vez más, es necesario abrir las puertas de la cocina de la investigación, mostrar y discutir los senderos, y los desvíos, que nos llevan al argumento terminado. Un buen ejemplo reciente de lo que digo, y, a la vez una muestra de lo poco extendida que está esta actitud en nuestra comunidad científica, es el debate abierto por *Sociologie du Travail*, en su último número de 1999. Didier Demazière y Claude Dubar se han aventurado a presentar en un libro «una narración de sus prácticas de sociólogos», en un intento de llevar a cabo «un retorno reflexivo [sobre esas prácticas], para darles forma, para fundarlas teórica y prácticamente», como una forma de «testimonio de su práctica de investigación». Pues bien las críticas de Olivier Schwartz y Catherine Paradeise, en lo que nos concierne ahora, toman el libro como una prescripción antes que como una descripción de una práctica concreta y contingente. Les cuesta llegar a entender que se trata de una voluntad de mostrar la sociología concreta en la práctica, y que, en modo alguno, se está proponiendo un sucedáneo de manual para realizar entrevistas biográficas sobre la inserción laboral ¹⁶.

III. EPISTEMOLOGÍA Y PEDAGOGÍA: EL TRABAJO DE CAMPO

En un libro reciente, *Sociología del Trabajo: un proyecto docente* ya planteo, continuando una tradición sociológica que tiene, según creo, su primer gran impulso en la década de los años veinte, el orientar la enseñanza universitaria sobre la base de que se aprende sociología haciendo sociología ¹⁷. Y que, en buena lógica, no existe «manual» ni libro de cocina sociológica que pueda contener la contingente relación entre quien estudia y quien es estudiado, situación que puede ser, ella misma, intercambiable: el sujeto que investiga forma parte de la misma situación social. Una vez que a uno le han contado los «trucos» del oficio, lo que falta es, ni más ni menos, que ponerse a practicarlos, como con fina ironía nos dice el maestro Howard Becker, quien despidió su *Tricks of the trade* invitando a esa manera de *incorporar* un saber: aplicarlo. Como la música, recuerda este amante de la misma, una cosa son

¹⁶ Los comentarios de O. Schwartz y C. Paradeise, junto con la respuesta de Demazière y Dubar, se recogen bajo la rubrica «Symposium sur “Analyser les entretiens biographiques. L'exemple des récits d'insertion”, de Didier Demazière y Claude Dubar, París, Nathan, 1997», en *Sociologie du Travail*, 41, 1999, pp. 453-479. Las citas en el texto, en pp. 469 y 479. En la página 470 dicen, coincidiendo con mi propia expresión, «il s'agit pour nous d'ouvrir les portes de notre cuisine».

¹⁷ Remito, por muchos otros y por su excelencia al texto de Vivian Palmer, *Field studies in sociology. A student's manual*, publicado por la Universidad de Chicago en 1928.

las corcheas y otra bien distinta las sinfonías¹⁸. Pero no es este aspecto el que quiero destacar ahora, sino en qué medida, como acabamos de recordar, el trabajo de campo es un eje articulador, que sirve para una reflexión de gran calado, tanto metodológica como teórica.

Tomemos el caso de la tan traída y llevada interdisciplinariedad, sea ésta invocada para situar diacrónica o sincrónicamente los saberes que tratan de interpretar los hechos sociales. En los cursos especializados, de alto nivel, que hemos dirigido en la Universidad Complutense de Madrid Jesús Villena y yo mismo, en el área de la ergonomía, se termina tratando de comprender a las personas en el trabajo en los sistemas complejos de producción actuales¹⁹. Con el fin de mostrar la filiación, de dónde viene, ese arte de interpretar y diagnosticar, ese conjunto de saberes complejos, de procedencia disciplinaria tan dispar, que toma al trabajo como objeto y objetivo de su interés, rastreamos algunos precedentes «históricos» que mostraran que es la mirada, el abordaje, el foco en el trabajo directo, de campo, sobre el terreno lo que aglutina y reúne saberes de distinta procedencia y les devuelve un aire de familia.

Traigo aquí un ejemplo que es también un homenaje personal y la evocación de un gigantesco esfuerzo del que seguimos siendo tributarios: la *Enciclopedia*. En el «Discurso preliminar» que firma D'Alembert y donde se nos cuenta la «metodología» de la investigación, en lo que se refiere a las «artes mecánicas», se nos introduce, en primer lugar, en las dificultades de compilar esos saberes, por lo cual dice D'Alembert: «todo nos llevaba, pues, a recurrir a los obreros. Nos hemos dirigido a los más hábiles de París y del reino: nos hemos tomado la molestia de ir a sus talleres, de interrogarlos, de escribir a su dictado, de desarrollar sus pensamientos, de sacar de ellos los términos propios de sus profesiones, de trazar cuadros y definirlos, de conversar con aquellos que conservaban recuerdos y (precaución casi indispensable) de rectificar en largos y frecuentes entrevistas con unos lo que otros habían imperfectamente, oscuramente, y a veces infielmente, explicado». Y cuando los oficios eran especialmente singulares «nos hemos hecho, por así decir, aprendices y hemos hecho nosotros mismos malos trabajos para enseñar a los demás cómo se hacen los buenos». Y si aún se presenta la dificultad de explicar las cosas como son con claridad, para ello están los dibujos: «Hemos enviado a los dibujantes a los talleres», y hemos restringido las figuras «a los movimientos importantes del obrero y a los únicos momentos de la operación, que es muy

¹⁸ H. Becker, *Tricks of the trade*, 1998, p. 215. Vale la pena tener presente el subtítulo de este magnífico libro: «How to think about your research while doing it». Una buena presentación a partir de investigaciones concretas de estudiantes en formación, en el citado capítulo final de Junker, 1960-1972. El «linaje» de ambos viene de Everett Hughes, a quien he dedicado atención en *Sociología del trabajo: un proyecto docente*.

¹⁹ Véase Castillo y Villena, 1998.

fácil pintar y muy difícil de explicar»²⁰. No creo que hagamos cosas muy distintas a éstas hoy en día, aunque, claro está, los instrumentos técnicos que manejamos sean un poco más modernos, cuando, como marca de un tipo de investigación cuya orientación fundamental es ir al terreno, contamos con las representaciones e imágenes operativas de los «operadores», para los ergónomos, los artesanos de entonces, los obreros después, los trabajadores «fluidos», precarizados y clandestinos a la mirada sociológica tradicional, hoy. Tanto más tradicional cuanto más lejos está de los lugares de trabajo, la cómoda «sociología de despacho»; y tanto menos elaborada teóricamente, pues sus fundamentos no se anclan en la realidad *real* del trabajo, sino en una especie de reedición actual del Mr. Gradgrind de Dickens quien ya puede vivir en medio (o encima) de la ciudad obrera, que los obreros sólo existen en los *blue books* de la estadística²¹.

Si en la enseñanza de la ergonomía sólo se puede mostrar la teoría haciéndose trabajo concreto, de terreno, con la «arqueología industrial» podemos avanzar un poco más en este punto. Durante la década de los años noventa (y seguimos en ello) hemos abierto en la universidad española este territorio de saberes o plataforma necesariamente apoyada en «disciplinas» consolidadas: sociología del trabajo, historia social y de la tecnología, geografía, arqueología propiamente dicha, historia del arte, etc. De esta experiencia hemos dado cuenta reciente en la *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, y no es el caso de repetir aquí lo allí dicho²². Ahora bien, piénsese que si el centro de atención de la Arqueología Industrial era, sobre todo, los restos físicos de la actividad productiva, hoy todo confluye hacia un interés de lo que podríamos llamar más propiamente Arqueología del Trabajo, hacia una reconstrucción de los procesos productivos donde los trabajadores, como no podía ser

²⁰ D'Alembert, *Discours préliminaire de l'Encyclopédie*, 1754. Cito por la edición de 1984, París, Vrin, p. 144, 145, 147 y 148. Hay traducción al castellano en Madrid-Buenos Aires-México, Aguilar, 1953. Hemos reproducido un amplio fragmento de este texto en Castillo y Villena, 1998, pp. 3-6.

²¹ Al igual que este hombre de «realidades», Thomas Gradgrind, cuya definición de «caballo» se parece mucho a la que algunos sociólogos hacen de «obrero»: una fórmula por la cual se puede tener encima un elefante sin saber lo que es, pero en cuanto se aleja unos cientos de metros, entonces ya se lo ha identificado y clasificado. Véanse los primeros capítulos de *Tiempos difíciles*, de Dickens, y lo del caballo en p. 89.

²² Véase J. J. Castillo; M. López y P. Candela, «Arqueología industrial en Madrid: un programa de investigación en las ciencias sociales del trabajo», en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 5, n.º 9, 1999, pp. 173-189. Especialmente hemos destacado en ese texto la necesidad de recuperar la memoria del trabajo, de quienes «encarnan en sí mismos las huellas de los procesos de trabajo, de la historia laboral, de sus formas de vivirlas o sufrirlas». Y aunque no podemos alargar más aquí estas reflexiones, diré que comparto la idea de que «nuestra memoria colectiva [es] el mejor patrimonio que disponemos como ciudadanía» (Revert, 1997, p. 113).

menos, son el foco de atención. Y siendo así, ¿en qué podría diferenciarse un estudio actual de las «situaciones reales de trabajo», de un abordaje como el de la arqueología industrial que, creemos, hace lo mismo, pero para situaciones pasadas?. Desde luego mi respuesta está en la pregunta: en poco o nada en cuanto a la necesidad de ir al terreno, de recurrir a los obreros y sus recuerdos y representaciones. Pero, y por eso he elegido este ejemplo, la arqueología industrial precisamente destaca y realza la necesidad de ir a los lugares de trabajo, de recomponerlos, de situar a los obreros y las obreras, de reconstruir sus condiciones de trabajo. Y ello, literalmente, por necesidad. Difícilmente se puede hacer arqueología de despacho, aunque todo es posible para los *Gradgrinds* reacios a calzarse las botas, salir a la calle y hablar con la gente.

Hoy interesa mucho a los arqueólogos industriales, arqueólogos del trabajo como prefiero llamarlos, el registro de los procesos industriales. Y lo razonan abonando nuestro argumento, porque «cuánta información se pierde cuando un proceso industrial cesa; incluso se pierde más cuando se retiran las antiguas máquinas del edificio, que es la situación con la que se encuentra el historiador industrial cuando llega para registrarlo»²³. Esta reconstrucción de los procesos de trabajo se hace por necesidad metodológica, si se quiere, pero sólo puede verse cuando uno pisa el terreno, en lugar de, como solían hacer muchos, «darlo por hecho», sólo porque se sabía la rama o sector productivo de la empresa. «La aplicación local de máquinas a cada tarea y los métodos de operación varían también, y por ello *la práctica puede a veces ser significativamente distinta de la teoría*; así que es potencialmente fuente de error el tomar los procesos por dados(...); y hay que hacer [el registro] pronto. Una información y registro de primera mano puede ser hecha únicamente cuando las industrias están aún funcionando; una alternativa más pobre es recoger la información de plantas difuntas pero intactas, con el suplemento de la información que proporcionan las personas que trabajaron allí»²⁴. Frente a esa «fábrica que se convierte en una abstracción, vacía de hombres y de procesos reales de producción»²⁵, constatamos «la enorme cantidad de conocimiento humano sobre la construcción de los sistemas sociotécnicos que ha sido, desgraciada e

²³ James Douet: «Arqueología industrial en Gran Bretaña», en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.PH*, año V, n. 21, diciembre de 1997, p. 111.

²⁴ Brian Malaws: «Process recording at industrial sites», en *Industrial Archaeology Review*, vol. XIX, 1997, pp. 75 y 78. El subrayado es mío, JJC.

²⁵ Alain Dewerpe: «Miroirs d'usines: photographie industrielle et organisation du travail à l'Ansaldo, 1900-1920», en *Annales E.S.C.*, 1987, n.º 5, pp. 1084. La excelente investigación de Dewerpe sobre un archivo fotográfico único es también crítica con las fuentes: «la photo peut impliquer l'arrêt total du travail: peu significative, elle montre alors tous les ouvriers *en pose*, debout devant leur machine» (p. 1100). Subrayo lo de «posando», porque recuerda la acertada frase de Aris Accornero en su clásico *L'ideologia del lavoro*: esas fotografías son el obrero vestido de domingo.

irremisiblemente perdida»²⁶. Puesto que el silencio es la característica más notable de los restos físicos, ello nos ha llevado a argumentar (y practicar) esa forma «más pobre» de reconstrucción de los procesos productivos, tratando de recuperar la memoria del trabajo: una trabajadora o trabajador encarna en sí mismo como individuo y como grupo las huellas de los procesos de trabajo, de la historia laboral, de su forma de vivirla o sufrirla. Por ello, los trabajadores proporcionan información sobre las situaciones reales de trabajo directamente por la «marca» o «modelado» que en las personas dejan, a través de las condiciones de trabajo, las relaciones de producción, que las transforman en fuerza de trabajo. El trabajador o trabajadora lleva sobre sí las trazas físicas e intelectuales de los procesos de trabajo a los que se ha visto sometido. Y es tarea del investigador el saber profundizar en esas capas del cuerpo y la memoria para sacar a la luz lo que está oculto²⁷.

Pues bien, en la enseñanza del curso mencionado más atrás, «Arqueología industrial, arqueología del trabajo en Madrid», el trabajo de campo ordena nuestro programa de trabajo de dos modos, obviamente muy entrelazados entre sí. Los he llamado pomposamente «vector epistemológico» y «vector pedagógico». Respecto del primero, el curso se organiza en torno a *hacer trabajo directo de investigación original sobre el terreno*. Fomentar, y en su caso desarrollar, la capacidad de enfrentarse al estudio de las situaciones reales de trabajo, orienta los contenidos del curso: a una presentación de la problemática planteada en la mejor investigación actual, le sigue inmediatamente una muy práctica presentación de los recursos y medios para tocar el terreno. Como una flecha, este vector determina los contenidos sustantivos necesarios a la práctica de los estudiantes. Ni que decir tiene que para mí hay una gran coincidencia en este argumento con la necesidad del *terrain* de los antropólogos o del estudio minucioso de caso de los ergónomos. Todo lo contrario de quienes quieren construir la diferencia entre antropología, sociología o historia. El trabajo de campo es también fuente de reflexión: las fuentes son datos que provocan encadenamientos teóricos explicativos. Obviamente si, en buena reciprocidad, se tiene alguna percha teórica de los que

²⁶ Brian Pfaffenberger: «Social anthropology of technology», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 21, 1992, pp. 491-516.

²⁷ Las últimas líneas retoman lo dicho en Castillo, López y Candela, 1999. Aunque sea en nota quiero dejar constancia de la utilidad de la «definición» que da Pfaffenberger «contra la exagerada» visión tecnologista de un «sistema sociotécnico»: «es una concepción universal de la actividad tecnológica humana, en la cual estructuras sociales complejas, sistemas de actividad no verbal, comunicación lingüística avanzada, el ritual de la coordinación del trabajo, la fabricación avanzada de artefactos, la vinculación entre actores sociales y no sociales fenomenalmente diversos, y el uso social de distintos artefactos son todos reconocidos como partes de un único complejo que es simultáneamente adaptativo y expresivo» (Pfaffenberger, 1992, p. 513.)

colgarlos. Que se pueda aplicar esta mirada al pasado como al presente es mi convicción personal²⁸.

El «vector pedagógico» que supone el énfasis en el trabajo de campo se muestra en enseñar cómo se hace una investigación, en que cada presentación en clase vaya acompañada de una presentación de la trastienda de la investigación, del cómo se hizo. Y otro tanto respecto de los textos, trabajos, investigaciones o propuestas que se utilizan o discuten. Mostrar el funcionamiento interno de la caja negra de la fabricación en las ciencias sociales del trabajo, se convierte así en una aplicación de cuanto vengo diciendo: cómo se hizo el estudio, a que recursos metodológicos se apela, cómo se desarrolló concretamente el trabajo de campo... De este modo el estudiante comienza a aprender que: «los conceptos de su disciplina están enraizados en observaciones de primera mano»; y, además, que «los puntos de vista de su disciplina derivan de conjuntos de intereses, y por ello mismo problemas para la investigación que requieren trabajo de campo y otros procedimientos en su investigación».

Ambos argumentos, epistemológico y pedagógico, los enlaza y cierra ejemplarmente Buford Junker: «una ciencia social debe incluir no sólo una ciencia del trabajo de campo, sino también las actividades de preparación de los estudiantes para llevar a cabo su tarea aprendiendo sus fundamentos en situaciones apropiadas de observación»²⁹.

IV. LA SOCIOLOGÍA QUIERE SER CONOCIMIENTO COMPARTIDO

Como indicaba al principio, este texto forma parte de un programa de reflexión que trata de analizar críticamente las propias limitaciones de la Sociología del Trabajo. La visión trivializadora del trabajo en la actualidad, en la que se anclan muchas políticas y el *common wisdom* que las refuerza, y que les da terreno en el que asentarse, se construye socialmente en torno a ideas sin reflejo empírico y real, pero que, a fuerza de ser repetidas e interiorizadas, acaban siendo la realidad misma: la fantasmática reaparición de la «*unman-ned factory*», de la fábrica sin hombres (ni mujeres, por supuesto), no es más que una señal de ello.

²⁸ Véase Daniel Fabre: «L'ethnologie et ses sources», 1992, pp. 47 y 50. Para lo dicho en las frases inmediatamente anteriores en el texto, viene bien volver a leer a Glaser y Strauss, 1967, *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*.

²⁹ Buford Junker, *Fieldwork*, 1960, p. 157. Las anteriores citas en el texto son del mismo autor, p. 149. Véase esta argumentación detallada en mi libro *Sociología del Trabajo: un proyecto docente*.

Ideas (ideologías, habría que decir) que se dan por hechos están en la base de la sempiterna demanda de «reforma» del mercado de trabajo (que suele también sempiternamente tender a debilitar la posición negociadora de los trabajadores), o de la necesidad de estimular a los parados para que busquen trabajo «liberándolos» de cualquier protección social. Por ello, a mi entender, para abrir una problemática que está cerrada por el discurso unilineal y perseverante de la ideología (competitividad, globalización, autopistas de la información...) es preciso desconstruir y desmontar ese discurso monolítico. Para que la razón sociológica pueda nuevamente abrirse paso en la jungla del sentido común imperante. Ésa nos parece la forma en la que las ciencias sociales pueden contribuir, desde la raíz, a crear un mundo de posibilidades para el trabajo del futuro más halagüeño que el que, con aires funerarios, se nos presenta como un camino único.

Desde luego, uno de los principales problemas (¿o síntomas?) que se nos plantea, en este sentido, es ¿cómo, y con qué dificultades, las ciencias sociales se «encarnan» en los actores sociales y en la sociedad como sentido común, cómo llegamos a la gente común y corriente? ¿Cómo una sociedad reflexiva incorpora los saberes sociales?. ¿Por qué tantos no-saberes sobre el trabajo se manejan como moneda corriente contra la experiencia directa de la mayoría? Se trata de volver a un asunto explorado, pero hoy poco transitado: la retórica de la sociología, escribir, razonar, argumentar, convencer. «Impregnar» la sociedad, como quizá hubiera escrito un fabiano. En suma, cómo llega la sociología a disolverse como conocimiento compartido y base de la acción social reflexiva.

La comparación o el contraste con la literatura es un problema que ya ha sido abordado en numerosas ocasiones, y, por ello podemos beneficiarnos de esas reflexiones. Desde la preocupación de Beatrice Webb por hallar la fórmula de llegar a todo el mundo con sus escritos sociológicos, que necesariamente debían someterse a presentar hechos o documentos que no pueden ser narrados como una novela, hasta su misma voluntad de presentar una «novela sociológica» que nunca escribió. Pero nos queda, en toda su obra, y especialmente en su autobiografía, *Mi aprendizaje*, los ecos de su primer (y único, como ella misma dirá) «éxito literario», «El diario de una chica trabajadora», que en 1888 publicó como resultado de su primera investigación-participación, cuando aún se llamaba Beatrice Potter³⁰. Desde la obra seminal de Robert Nisbet, *Sociology as an art form*, cuya primera formulación se hizo en 1962, hasta el jalón para mí fundamental de la obra de Wolf Lepenies, *Tres*

³⁰ Para una presentación detallada véase mi «En la jungla de lo social: Beatrice Webb, nuestra contemporánea», Conferencia de apertura de las II Jornadas de Historia Económica de las Relaciones Laborales, Sevilla, 25 de octubre de 1999, 36 p.

culturas. *La emergencia de la sociología entre literatura y ciencia*, de 1985, pasando por piezas importantes como el «Escribir la sociología» de Daniel Bertaux, una misma preocupación aflora, aunque se presente con distintos aspectos, como enseguida mostraré³¹.

La preocupación es mostrar «las relaciones que oponen pero que igualmente unen literatura y sociología», desde luego, desde una perspectiva en la cual la sociología se ha inspirado en el «espíritu de su tiempo», en la literatura y el arte, «pero con igual verdad se puede describir una gran cantidad de literatura y arte de este tiempo como formas imaginativas de sociología»³². Esa preocupación se desgana en distintos aspectos: el primero, desde luego es la propia construcción de la argumentación, cómo hacer un texto sociológico legible, y no digamos ya que pueda convertirse en un punto de referencia de los actores sociales. Y aquí, a su vez, se desgranar nuevos aspectos de la cuestión: cómo se desarrolla la argumentación, cómo se construye la «mise en intrigue», cómo se plantea la forma de contar.

Que esta habilidad sea un arte o un oficio es otra cuestión: todos conocemos la particular destreza de algunos andaluces para contar una desgracia con gracia. Y también sabemos que la ironía como recurso narrativo supone y presupone, antes que nada, un conjunto de formas de argumentar donde quizá la primera habilidad consistirá en saber (o creer saber, intentar situarse) en cómo ven el problema de que se trata (si es uno) quienes oyen o leen, el público, para poder llevar esas ideas hacia la conciencia crítica de las mismas, hacerlas explícitas, romper con las creencias establecidas. Y en ese empeño, hay que ser «consciente de que nuestra propia existencia es en sí misma una contradicción» para lograr una mayor inteligencia y comprensión de la realidad social que además se hace más compartida³³.

Una forma convincente de *plantear* este «problema» en los mismos años sesenta en que escribe Nisbet es la que desarrollaron Glaser y Strauss para «hacer creíble» sus hallazgos sociológicos, a la que llamaron *grounded the-*

³¹ Véanse, por ahora, las obras de Nisbet, *Sociology as an art form*, 1976. Lepenies, *Les trois cultures. Entre science et littérature l'avènement de la sociologie*, 1990, del que hay una edición en castellano en México, F.C.E. Y Daniel Bertaux, «Écrire la sociologie», 1979.

³² La primera cita en Bertaux, 1979, p. 14. La segunda es de Nisbet, 1976, p. 67. En este terreno, en España, hay que remitirse a la obra de José María González, del que ahora destacaré sólo dos libros: *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, 1989, donde se propuso y logró hallar los «elementos comunes entre la obra sociológica de Max Weber y la literaria de Kafka, de una manera especial en el tratamiento de la burocracia, en la que ambos, por muy distintos motivos, son “especialistas”» (p. 13). Y el no menos fascinante *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*, 1992.

³³ Richard Brown, «Literary form and sociological theory. Dialectical irony as emancipated discourse», capítulo 8 de R. Brown, *Society as text*, 1987, p. 192. Véase, también de Brown, *A poetic for sociology*, 1977, sobre la ironía el capítulo 5, pp. 172-220.

ory, esto es, «el descubrimiento de la teoría desde los datos», o trabajo de campo. Para ello proponen, en primer lugar, presentar a los lectores de sus obras su marco teórico. Para, seguidamente, tratar de «describir los datos del mundo social estudiado tan vívidamente que el lector, como los investigadores, pueda casi literalmente ver y oír a la gente, *pero en relación con la teoría*». Y terminan apostillando en nota que «la tarea del investigador para vehicular credibilidad es finalmente muy parecida a la del novelista realista(...). Los grandes novelistas han transmitido visiones de la sociedad que los lectores han sentido durante mucho tiempo que eran a la vez complejas y reales, esto es creíbles»³⁴.

Un aspecto de esta habilidad con la que soñamos los sociólogos, la capacidad de argumentar y convencer, la credibilidad, está vinculado también a los métodos de la creación literaria, aunque en este punto nos interese especialmente la forma de documentarse, de inquirir, de encuestar, de entrevistar: todas aquellas tareas que para un sociólogo son el abc de su oficio, el trabajo de campo sobre el que se edifican libros, informes, artículos, «papeles»...³⁵.

Un caso paradigmático es el de Émile Zola, de quien disponemos, en una cuidada edición de Henri Mitterrand, de sus *Carnets d'enquêtes*, es decir, de sus cuadernos de campo, de sus anotaciones, dibujos, entrevistas y documentación que precede a su obra literaria. Leyendo esas notas uno tiene la sensación de hallarse ante un hermano gemelo de la sociología o el periodismo de investigación³⁶.

Si tomamos el caso de *Au bonheur des dames*, publicado en 1883, nos encontramos con la historia de unos grandes almacenes, en París, con lo que uno de sus editores ha llamado «un documental novelado», donde con la historia de Denise asistimos a la emergencia de esta decisiva forma de comercio «moderno», de su funcionamiento, de la organización del trabajo, de las formas de retribución. Para escribir esta novela, cuyas descripciones sirven hoy en día de referencia histórica comparativa³⁷, Zola se inspira en los que eran modelos

³⁴ Las últimas citas en el texto son todas de Glaser y Strauss, *The discovery...*, 1976, pp. 1, 228, y 229 nota 6. El subrayado *en relación con la teoría* es mío.

³⁵ Véase el clásico Chaïm Perelman, «Les cadres sociaux de l'argumentation», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 1959. Y, desde luego, su *Tratado de la argumentación*, con Olbrechts-Tyteca, de 1958.

³⁶ Émile Zola, *Carnets d'enquêtes. Une ethnographie inédite de la France*, edición de H. Mitterrand, 1986.

³⁷ Pienso aquí en el libro de Margaret Maruani y Chantal Nicole *Au labour des dames*, 1989. En un capítulo cuyo título homenajea nuevamente a Zola, «Au bon magasin, le marché et la segmentation», las autoras comentan la «guelte» una suerte de comisión sobre ventas, ya existente en tiempos de Zola y que las autoras lo dan tan por sabido como para no mencionarlo, aunque sí juegan con las palabras, incluyendo la felicidad de las señoras, «le bonheur de dames», la ropa íntima, etc.

del comercio parisino de la época: el *Bon Marché*, el *Louvre* y *Le Printemps*, aunque tomará como centro de su «trabajo de campo» el *Bon Marché*, donde pasará tardes enteras al final de 1881 y comienzos de 1882. Como lo resume Miterrand: «en el *Bon Marché* circuló por todos los servicios desde el sótano hasta la caja central, familiarizándose con el oficio y el vocabulario de los empleados del *magasin*. Siguió el trayecto de una mercancía desde su llegada hasta la entrega. Se detuvo en las cocinas, en el salón de lectura, en el servicio de envíos (...). Se interesó en los movimientos de la multitud, en la composición de los escaparates, en la publicidad», anotaba los nombres de todos los tipos de tela, entrevistaba a los jefes de servicio y a los directivos. Recurrió igualmente a su mujer, a sus amigos, incluyendo arquitectos expertos en las estructuras de los grandes almacenes. Coleccionó catálogos, e incluso encargó un análisis de la evolución del *Bon Marché* desde 1861 hasta 1882 y el crecimiento de los departamentos. Puesto que Denise era vendedora, se documentará en detalle sobre las costumbres, formas de vida, hábitos profesionales... «El conjunto da la imagen de un oficio aleatorio, fatigoso, estrechamente jerarquizado y vigilado (...), un proletariado de corbatas y vestidos de seda, de pie doce a trece horas por las exigencias de vender»³⁸.

El resultado es una novela que se lee de un tirón, y que a los cultores de las novedades de última hora les descubre que las trabajadoras del sector servicios (y sus condiciones de vida, esperanzas, trabajo y explotación) no son un producto de anteayer. Con un tratamiento muy convincente de los cambios y transformaciones que el gran almacén trajo consigo, la lucha de los pequeños comerciantes, el papel de la moda y la publicidad, las transformaciones urbanas inducidas, etc.

No entro ahora en la propia creación literaria, claro está: cómo, una vez que la información está recogida y ordenada, se escribe una buena (o mala) novela, cómo llega, como decíamos antes, esa novela a formar parte del imaginario de una época, de una generación. Y menos aún en el contexto creativo de un autor que le lleva, a veces, por senderos difíciles. Ni siquiera en identificar la creación literaria³⁹.

Ahora bien, trayendo aquí —para terminar— un caso ejemplar como el de la novela de Upton Sinclair, *La jungla*, cuya primera edición es de 1906, podemos mirar con más agudeza las dificultades y problemas de la sociología contemporánea.

³⁸ Véase *Carnets d'enquête*, pp.147-149. Como señala Henri Miterrand, este carnet, que comprende las pp. 151-233, y que uno reencuentra, soterrado, leyendo *Au bonheur...*, «est par sa composition et son abondance un des plus caractéristiques de la méthode de travail de Zola, et de l'intérêt qu'il porte aux sociologies professionnelles».

³⁹ Por ahora puede verse José María González, *La máquina burocrática*, citado, para el caso de Franz Kafka.

Corría el verano de 1904, cuando, en su camino hacia San Luis, Max Weber y su esposa Marianne hacen escala en Chicago. Weber había sido invitado por Hugo Münsterberg, a la sazón en la Universidad de Harvard, para concurrir a un congreso científico mundial con ocasión de la exposición universal⁴⁰. Marianne Weber nos ha legado en su monumental biografía de Weber un conjunto de impresiones, muchas de ellas epistolares, tanto suyas como de su marido, que son únicas para conocer las impresiones que esa América de principio de siglo causa a uno de los grandes sociólogos de todos los tiempos.

Tanto para Marianne como para Max, Chicago es, más que Nueva York, «el punto de cristalización del espíritu americano», donde se dan «todos los contrastes pero aumentados» entre ricos y pobres, con la interminable mezcla de inmigrantes, gentes venidas de todo el mundo. Las descripciones epistolares de ambos esposos testimonian su gran capacidad de observación. Aquí la de Max Weber sobre los mataderos: «Por todas partes llama la atención la enorme intensidad del trabajo: sobre todo en los *stockyards* con su “océano de sangre”, donde mueren diariamente miles de vacas y cerdos. Desde el instante en que la vaca entra en el matadero sin sospechar nada, cae alcanzada por el martillo, a continuación es agarrada por una pinza de hierro y elevada para dar comienzo a su peregrinación; el trabajo prosigue sin descanso para destriparla, despellejarla, etc., pero el ritmo del trabajo siempre está determinado por la máquina que transporta a la vaca. Es increíble cómo trabajan en esta atmósfera de humo, excrementos, sangre y pellejos (...) siguiendo al cerdo desde que entra hasta que se convierte en chorizo y lata de conservas»⁴¹.

Dos años más tarde se publica *La Jungla*, novela escrita por un joven reportero de un periódico socialista de Kansas, *Appeal to Reason*, y en la que la llegada del inmigrante Jurgis a los mataderos es descrita con minuciosidad y detalle: «suspendido el animal de otro trolley, partía para un nuevo viaje; esta vez el cuerpo pasaba por entre dos filas de operarios sentados en una plataforma, y cada uno de los cuales ejecutaba una operación distinta a medida que el cerdo sacrificado pasaba delante de él(...). En suma, mirando a lo largo de la nave, se veía avanzar lentamente una fila de cerdos colgados y de más de cien metros

⁴⁰ Weber pronunciaría una conferencia «sobre la situación de la agricultura alemana en el pasado y en presente», la primera después de seis años y medio de silencio, que le hacen concebir a su esposa grandes esperanzas en su recuperación. Marianne Weber, *Max Weber. Una biografía*, 1995, pp. 448-449.

⁴¹ Marianne Weber, *Max Weber*, p. 444. Las observaciones de Weber, sus visitas y contactos, lecturas de estos meses, me parecen importantes para entender sus posteriores estudios específicos sobre la «psicofísica del trabajo industrial», que lleva a cabo en 1908-9. Véase, en la misma obra, pp. 498-500. Ambos trabajos se han publicado en castellano: Madrid, Editorial Trotta, 1994.

de largo. De metro en metro había un hombre trabajando como un demonio. Al fin de esta peregrinación del cerdo sacrificado, cada pulgada de su cuerpo había sido reconocida y tratada varias veces(...). Estaban presenciando la matanza tecnificada, la industrialización del cerdo mediante las matemáticas»⁴².

La jungla se publicó en Estados Unidos en 1906 y todos los analistas afirman que si no fue la única causa, sí estuvo entre las decisivas para que se promulgara una legislación sobre el control de calidad e higiene de los alimentos (las *Pure Food and Drug* y la *Meat Inspection acts*) ese mismo año. No era ésa la intención del joven socialista Upton Sinclair, quien en octubre de 1904 (casi coincidiendo con Max Weber) se fue a Chicago para tratar de investigar y luego narrar las condiciones de trabajo y vida de los obreros y obreras de los *stockyards*, los mataderos de Chicago. Le enviaba el periódico *Appel to Reason*, quien publicará en primer lugar y por entregas la novela. Entrevistó a los trabajadores en sus casas, se desplazó con ayuda de sus amigos por los centros de trabajo, consultó a doctores, abogados, enfermeras, policías, políticos y trabajadores sociales. Comía, y comprobaba sus datos, sobre todo, en el University Settlement de Mary MacDowell y Jane Addams⁴³.

La jungla, como ha escrito uno de los mejores conocedores de Sinclair y del Chicago de su tiempo, James Barret, es ante todo «un documento de historia social». Lo que mueve a Sinclair es su «fe en el poder de la investigación empírica». Y su objetivo es desvelar «el mundo de un trabajador descalificado que trabaja en una gigantesca fábrica de producción de masa». Un análisis que coincide en mucho con los estudios contemporáneos, y que, desde luego, es una aplicación de la cadena de (des)montaje, aplicada en los mataderos mucho antes de que las cadenas de Ford se hicieran famosas y emblemáticas del trabajo moderno a principios de este siglo⁴⁴.

Sus perspicaces descripciones de los procesos de producción, tanto en los mataderos como en otras industrias a donde llevará a sus protagonistas, superan con mucho el «arte» de muchos sociólogos profesionales. Véase, si no, una muestra:

«El ritmo con que se desarrollaba aquí el trabajo exigía que todas las facultades del individuo estuviesen constantemente en función y los cinco sentidos siempre atentos desde que caía la primera res hasta que sonaba el silbato del mediodía, y desde las doce y media hasta sabe Dios

⁴² Upton Sinclair, *La Jungla*, 1977, p. 43 y 44. La industria puede verse en el contexto de la *rational factory*, en el libro de Biggs, 1996, pp. 26 y ss.

⁴³ Todo esto lo narra Sinclair en *The autobiography of Upton Sinclair*, 1962, pp. 108-110.

⁴⁴ Las referencias de Barret en la «Introducción» a la edición crítica de *The jungle*, 1988, pp. xiv-xv. Sobre esto mismo, con reproducciones fotográficas y una interpretación excelente, «La mecanización de la carne», en Giedion, *La mecanización toma el mando*, 1978.

qué hora de la tarde o de la noche. En tan larga jornada nadie podía tener un segundo de respiro, ni para la mano, ni para los ojos, ni para el cerebro. Jurgis [el protagonista] vio entonces cómo se lograba esto. En la ejecución del trabajo general había ciertas fases que gobernaban al ritmo de las demás: y estas fases estaban confiadas a hombres bien elegidos, bien pagados y renovados con frecuencia. Estos obreros, encargados de dar el tono y la marcha del trabajo podían distinguirse perfectamente de todos los demás. Operaban bajo la vista inmediata de los capataces y trabajaban como demonios. Esto se llamaba “apresurar a la gente”; y si, por acaso, había algún obrero que no podía seguir la velocidad de los demás, fuera, en la calle, esperaban centenares de otros implorando una oportunidad». Además, «todos los días entraba en funcionamiento alguna nueva máquina que aceleraba el ritmo de las tareas. Decíase, incluso, que en el matadero de cerdos la velocidad con que eran sacrificados los animales estaba regulada por relojería, y que, aunque de un modo insensible, su cadencia iba aumentando cada día»⁴⁵.

El método de trabajo de Sinclair era en el fondo sencillo y claro. Superando la «visita guiada» de los mataderos hizo lo que le hace consciente a su protagonista de la forma en que se «acelera a la gente» (*speeding up the gang*): «esto no pudo apreciarlo hasta el momento en que, cambiando de ropa, fue uno de tantos y se puso a trabajar. Entonces vio las cosas de otra manera porque las veía por dentro»⁴⁶.

Trabajo de campo, directo, sobre el terreno, observación participante, contraste con distintos «informantes privilegiados», todo nos recuerda lo que debe ser la base de una buena investigación sociológica. Sólo hay que añadir que, según dice el editor reciente español de esta obra, que se sigue editando en libro de bolsillo en colecciones populares, «se han hecho 772 traducciones a cuarenta y siete idiomas». Desde luego al castellano o español no tardó mucho en traducirse: *El Socialista* del 8 de marzo de 1907 publicaba un suelto publicitario en su cuarta página donde se decía «La “jungle” (los envenenadores de Chicago), por Upton Sinclair. Se ha puesto a la venta la grandiosa novela del escritor socialista norteamericano U.S., de quien tanto ha hablado la prensa en general, y en particular la de nuestro partido»⁴⁷.

⁴⁵ Sinclair, *La jungla*, 1977, p. 67.

⁴⁶ Sinclair, *La jungla*, 1977, p. 66. Lo mismo dice Barret, en la mencionada introducción: «his method was ingenious in its simplicity: he simply put on a pair of overalls, picked up a metal lunch pail, and blended in with the crowds of butcher workmen» (p. xvi).

⁴⁷ *El Socialista*, 8 de marzo 1907, p. 4. Se vendía al precio de 3 pesetas en casa de J. A. Meliá, Plaza del Rastro, 7. *El Socialista* de 7 de junio de 1907, en pp. 3-4, «Un buen libro», reproduce el prólogo del traductor, Vicente Vera: «yo lo he visto —dice—. Yo he vivido largo tiempo en Chicago y he presenciado los horrores de los stockyards». Tras leer el libro, es «Como si hubiera estado en Chicago».

¿Qué obra sociológica contemporánea ha conseguido tanto? Dejemos la búsqueda para otro momento. Y recordemos que Chicago, que tiene desde mediados de los noventa del siglo pasado el primer Departamento de Sociología en su Universidad, es uno de los referentes fundamentales, precisamente, de un abordaje de la investigación social que sigue influyendo vivamente hoy en día en la polémica sobre la investigación de terreno. Y si no, ¿cómo tomar la afirmación de Hans Joas (una de cal...) que, en lo que nos interesa discutir aquí, afirma de la llamada «Escuela de Chicago» lo siguiente?: «lo que de este modo se logró fue un mosaico de estudios de la vida metropolitana, cuajado de descripciones de primera mano de porte casi literario, pero no una ciencia social que progresara metodológicamente por medio de la contrastación de hipótesis o de la generalización teórica»⁴⁸.

Por mi parte creo que la voluntad del investigador social o del novelista de implicarse personalmente en una situación, para una vez comprendida tratar de compartirla con otros, es la característica fundamental de poner en primer lugar el trabajo de campo, a la hora de privilegiar una «sociología a la intemperie», que sale a la calle, entra en las fábricas, oye el latir de los sentimientos y vivencias de las personas y se atreve a interpretar esa situación⁴⁹. Para así, con *intuición trabajada*, proponer, casi siempre, avanzar no sólo en la comprensión del mundo sino, sobre todo, en su transformación. O al menos en su reforma, que en muchos casos, al más lego de los sociólogos no le cabe la menor duda de que se trata, en realidad, de una revolución.

BIBLIOGRAFÍA

- AGULAR, Encarnación (1999): *Las bordadoras de mantones de manila de Sevilla. Trabajo y género en la producción doméstica*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla-Universidad de Sevilla, 204 p.
- ALTAMIRANO, Carlos; SARLO, Beatriz (1993): *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Editorial S.A., 282 p.
- BACHELARD, Gaston (1973): *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 121 p. [Primera edición en francés, 1940].
- (1941): *L'eau et les rêves. Essai sur l'imagination de la matière*, París, Librairie José Corti, 267 p. [Firmado en Dijon, 23 Août 1941].

⁴⁸ Hans Joas, «De la filosofía del pragmatismo a una tradición de investigación sociológica», pp. 19-60, en *El pragmatismo...*, 1998 [original de 1992]. La cita en p. 44. Sobre la «Escuela de Chicago», véase Martin Bulmer, *The Chicago School of sociology*, 1984.

⁴⁹ Lo primero de este párrafo es de Harry Wolcott, *The art of fieldwork*, 1995, p. 66. Lo de sociología a la intemperie viene de la inspiración de los debates de los antropólogos. En este caso, inspirado en Lave, 1988, cap. 8, «Outdoors: a social anthropology of cognition in practice», pp. 170-190.

- (1963): *Le matérialisme rationnel*, París, Presses Universitaires de France (Deuxième édition; Première: 1953), 225 p.
- BECKER, Howard (1998): *Tricks of the trade. How to think about your research while you're doing it*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 232 p.
- BENATOUÏL, Thomas (1999): «Critique et pragmatique en sociologie. Quelques principes de lecture», in *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, marzo-abril, n.º 2, pp. 281-317.
- BERTHELOT, Jean-Michel (1998): «Histoire et sociologie: une affaire de discipline», in *Recherches Sociologiques*, n.º 3, pp. 23-43.
- BERTAUX, Daniel (1979): «Écrire la sociologie», en *Information sur les Sciences Sociales*, vol. 19, n.º 1, pp. 7-25.
- BIGGS, Lindy (1996): *The rational factory. Architecture, technology, and work in Americans age of mass production*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 201 p.
- BROWN, Richard H. (1977): *A poetic for sociology. Toward a logic of discovery for the human sciences*, Cambridge [etc.], Cambridge University Press, 302 p.
- (1987): *Society as text. Essays on rhetoric, reason and reality*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 252 p.
- BULMER, Martin (1984): *The Chicago School of sociology. Institutionalization, diversity, and the rise of sociological research*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 285 p.
- CALHOUM, Craig (1992): «Sociology, other disciplines, and the project of a general understanding of social life», en Janovitz y Halliday, cap. 4, pp. 137-195.
- CALLON, Michel (ed.) (1998): *The laws of the markets*, Oxford, Blackwell-The Sociological Review, 278 p.
- CALLON, Michel (1999): «Ni intellectuel engagé, ni intellectuel dégaqué: la double stratégie de l'attachement et du détachement», in *Sociologie du Travail*, vol. 41, tomo 1, enero-marzo, pp. 65-78.
- CASTILLO, Juan José (1994): *El trabajo del sociólogo*, Madrid, Editorial Complutense, 420 p.
- (1996): *Sociología del Trabajo. Un proyecto docente*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, 208 p.
- (1998): *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Editorial Tecnos, 213 p.
- (1997): «Looking for the meaning of work», *Work and Occupations*, vol. 24, n.º 4, pp. 411-425.
- CASTILLO, Juan José (ed.) (1999): *El futuro del trabajo*, Madrid, Editorial Complutense, 162 p.
- CASTILLO, Juan José y Santiago, eds. (1997): «Diez años de sociología del trabajo», número especial de *Sociología del Trabajo*, nueva época, n.º 31.
- CASTILLO, Juan José; LÓPEZ GARCÍA, Mercedes; CANDELA, Paloma (1999): «Arqueología industrial en Madrid: un programa de investigación en las ciencias sociales del trabajo», en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Año 5, n.º 9, pp. 173-189.
- CASTILLO, Juan José; VILLENA, Jesús (eds.) (1998): *Ergonomía: conceptos y métodos*, Madrid, Editorial Complutense, 395 p.

- CASTILLO, Santiago (ed.) (1996): *El trabajo a través de la historia*, Madrid, Asociación de Historia Social-Centro de Estudios Históricos de UGT, 577 p.
- COLLINS, Randall (1998): *The sociology of philosophies. A global theory of intellectual change*, Cambridge, Mass, y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1098 p.
- D'ALEMBERT (1984): *Discours préliminaire de L'Encyclopédie*, París, Vrin, 254 p.
- DANIELLOU, François (dir.) (1996): *L'ergonomie en quête de ses principes. Débats épistemologiques*, Toulouse, Octarès Éditions, 242 p.
- DEWERPE, Alain: «Miroirs d'usines: photographie industrielle et organisation du travail à 1987, (1987): l'Ansaldo», 1900-1920?, *Annales E.S.C.*, n.º 5, pp. 1079-114.
- DICKENS, Charles (1994): *Tiempos difíciles*, Madrid, Cátedra, 450 p. [Edición original 1854. Ésta está al cuidado de Fernando Galván].
- DOUET, James (1997): «Arqueología industrial en Gran Bretaña», en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. PH*, n.º 21, año V, diciembre, pp. 106-111.
- EDMONSON, Ricca (1984): *Rhetoric in sociology*, Londres, Macmillan, 190 p.
- ESPINOSA, Baruch de (1975): *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid, Editora Nacional, 394 p. [Edición de Vidal Peña].
- EMERSON, R. M.; FREZT, R. I.; SHAW, L. L. (1995): *Writing ethnographic fieldnotes*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 254 p.
- FABRE, Daniel (1992): «L'ethnologue et ses sources», en Althabe, G, Fabre, D. Y Lenclud, G. (eds.) *Vers une ethnologie du présent*, París, Maison des Sciences de l'Homme-Ethnologie de la France, Cahier 7, pp. 39-55.
- FINEMAN, Stephen; GABRIEL, Yiannis (1994): «Paradigms for organizations: an exploration in textbook rhetorics», in *Organization*, vol. 1, n.º 2, pp. 375-399.
- GEERTZ, Clifford (1996): *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*, Barcelona, [etc.], Paidós, 190 p.
- GLASER, Barney; STRAUSS, Anselm (1974): *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*, Chicago, Aldine Publishing Co., 271 p. [Primera impresión, 1967].
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo; ROITMAN, Marcos (eds.) (1999): *La formación de conceptos en ciencias y humanidades*, Madrid, Ediciones Sequitur, 267 p.
- GONZÁLEZ GARCÍA, José María (1989): *La máquina burocrática. Afinidades electivas ente Max Weber y Kafka*, Madrid, Visor, 222 p.
- (1992): *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*, Madrid, Tecnos, 212 p.
- GOULDNER, Alvin: *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires Amorrortu, 1973, 467 p. [Edición original, 1970].
- GRANT, David; OSWICK, Cliff (eds.) (1996): *Metaphors and organizations*, Londres, Sage Publications, 252 p.
- GREENWOOD, Davydd J. (1999): «Posmodernismo y positivismo en el estudio de la etnicidad: antropólogos teorizando versus antropólogos practicando su profesión», en *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, (Murcia), n.º 19, pp.193-209.
- GRIGNON, Claude; PASSERON, Jean-Claude (1992): *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 323 p.

- IRANZO, Juan Manuel; BLANCO, Rubén (1999): *Sociología del conocimiento científico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Universidad Pública de Navarra, 438 p.
- JANOWITZ, Morris; HALLIDAY, Terence C. (eds.) (1992): *Sociology and its publics. The form and fates of disciplinary organization*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 429 p.
- JOAS, Hans (1998): *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, xxii+310 p. [Con un prólogo de Igancio Sánchez de la Yncera].
- KLAMER, Arjo (1990): «The textbook presentation of economic discourse», in W. Samuels (ed.): *Economics as discourse: an analysis of the language of economists*, Boston, Luwer Academic Press, pp. 129-154.
- KLEIN, Julie T. (1990): *Interdisciplinarity. History, theory, and practice*, Detroit, Wayne State University Press, 331 p.
- LAKOFF, George; JOHNSON, Mark (1995): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, [Edición original, 1980], 286 p.
- LAMO DE ESPINOSA, Emilio (1996): *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia. Ensayos sobre la condición moderna*, Oviedo, Ediciones Nobel, 261 p.
- LAVE, Jean (1988): *Cognition in practice. Mind, mathematics and culture in everyday life*, Cambridge, [etc.], Cambridge University Press, 214 p.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1992): *Tristes trópicos*, Barcelona, [etc.], Ediciones Paidós, 469 p. [Edición original francesa, París, Plon, 1955].
- LUPTON, T. (1963): *On the shop floor. Two studies of workshop organization and output*, Oxford, [etc.], Pergamon Press, 208 p. [Trabajo de campo, 1955-56].
- LYND, Robert S. (1939): *Knwoledge for what?. The place of social science in american culture*, Princeton [USA], Princeton University Press, [Reimpresión de 1970], 268 p.
- MALAWS, Brian: «Process recording at industrial sites», en *Industrial Archaeology Review*, vol. XIX, 1997, pp. 75-98.
- MARUANI, Margaret; NICOLE, Chantal (1989): *Au labour des dames. Métiers masculins, emplois féminins*, París, Syros-Alternatives, 192 p.
- MCLENNAN, Gregor (1998): «Sociology and cultural studies: rhetorics of disciplinary identity», in *History of the Human Sciences*, vol. 11, n.º 3, pp. 1-17.
- NISBET, Robert (1976): *Sociology as an art form*, Londres [etc.], Oxford University Press, 145 p.
- OGBURN, William F.; GOLDENWEISER, Alexander (eds.) (1927): *The social sciences and their interrelations*, Boston, [etc.], Houghton Mifflin Company, 506 p.
- PALMER, Vivian M. (1928): *Field studies in sociology. A student's manual*, Chicago, The University of Chicago Press, 281 p.
- PELS, Dick (1998): «The proletarian as stranger», in *History of the Human Sciences*, vol. 11, n. 1, pp. 49-72.
- PERELMAN, Chaïm (1959): «Les cadres sociaux de l'argumentation», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XXVI, pp. 123-135.
- PERELMAN, Chaïm; OOLBRECHTS-TYTECA, Lucie (1976): *Tratatto dell'argomentazione. La nuova retorica*, Turín, Einaudi, 2 vols., 593 p. [Edición en francés, original, 1958].

- PFAFFENBERGER, Bryan (1992): «Social anthropology of technology», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 21, pp. 491-516.
- REVERT, Ximo (1997): «Arte industrial, patrimonio y acción social: los altos hornos del Mediterráneo en Puerto de Sagunto», en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.PH*, n.º 21, año V, diciembre de pp.112-117.
- ROMANO, Joseph (1997): «Du travail à l'entreprise, d'une sociologie à une autre. Quelques réflexions épistémologiques», en *Sociologia del Lavoro* (Bologna), n.º 66-67, [pero, marzo 1988], pp. 91-109.
- SAMUELS, Warren J. (ed.): (1990): *Economics as discourse. An analysis of the language of economists*, Boston-Dordrecht-Londres, Kluwer Academic Publishers, 258 p.
- SALVADOR MARAÑÓN, Alicia (1997): *Cine, literatura e historia. Novela y cine: recursos para la aproximación a la Historia Contemporánea*, Madrid, Ediciones de la Torre, 364 p.
- SANJEK, Roger (ed.) (1990): *Fieldnotes. The makings of anthropology*, Ithaca [USA] y Londres, Cornell University Press, 429 p. [El origen de los textos es un congreso de 1985 de la American Anthropological Society].
- SINCLAIR, Upton [1907]: *La jungle. Los envenenadores de Chicago*, Madrid, Librería Gutenberg de José Ruiz, s.a, 395 p. [Traducción de Vicente Vera].
- (1962): *The autobiography of Upton Sinclair*, Nueva York, Harcourt, Brace y World Inc.
- (1977): *La jungla*, Barcelona-Madrid, Editorial Noguer, 408 p. [Traducción de Antonio Samons]
- (1988): *The jungle*, Urbana y Chicago, The University of Illinois Press, 353 p. [With an introduction and notes by James R. Barret]
- SOCIOLOGIE DU TRAVAIL (1997): «Symposium sur 'Analyser les entretiens biographiques'. L'exemple des récits d'insertion» de Didier Demazière et Claude Dubar, Paris, Nathan, en *Sociologie du Travail*, 41 (1999), pp. 453-479, con artículos de Olivier Schwartz y Catherine Paradeise, y la respuesta de los autores.
- STRAUSS, Anselm; CORBIN, Juliet (eds.) (1997): *Grounded theory in practice*, Thousand Oaks, Londres y Nueva Delhi, Sage Publications, 280 p.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1994): *Recuerdos de la revolución de 1848*, Madrid, Editorial Trotta, 293 p. [Prólogo de Ramón Ramos].
- THOMAS, Robert J. (1994): *What machines can't do. Politics and technology in the industrial enterprise*, Berkeley, [etc.], University of California Press, 314 p.
- VAN MAANEN, John (1988): *Tales from the field. On writing ethnography*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 173 p.
- WAGNER, Peter; WITTROCK, Björn; WHITLEY, Richard (eds.) (1991): *Discourses on society. The shaping of the social science disciplines*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 370 p.
- WEBER, Marianne (1995): *Max Weber. Una biografía*, Valencia, Edicions Alfons El Magnanim, 963 p.
- WEBER, Max (1994): *Sociología del trabajo industrial*, Madrid, Editorial Trotta, 245 p. Edición, traducción y prólogo de Joaquín Abellán.
- WOLCOTT, Harry F.: *The art of fieldwork*, Walnut Creek, [etc.], Altamira Press, 283 p.

ZOLA, Émile (1980): *Au bonheur des dames*, París, Éditions Gallimard, 570 p. [Primera edición, 1883] Edición de Henri Miterrand; prefacio de Jeanne Gaillard.
— (1991): *Carnets d'enquête. Une ethnographie inédite de la France*, París, Plon, 675 p. Edición de Henri Miterrand.

RESUMEN

Continuando un programa de trabajo reflexivo sobre la sociología del trabajo, y sobre la sociología *tout court*, el autor propone, con el ejemplo de su propia práctica profesional, que el abordaje o perspectiva que toma el trabajo de campo como contrapunto necesario de la reflexión teórica (y viceversa) es el crisol donde se mezclan distintas disciplinas en las ciencias sociales: antropología, ergonomía, sociología, historia, arqueología industrial... Se aboga, pues, más que por una enésima llamada a la interdisciplinariedad, por un estilo de conocimiento donde se piensa para investigar y se investiga para pensar. La diferencia, sostiene el autor, no está entre las disciplinas, sino entre los enfoques dentro y a través de las disciplinas constituidas. Este argumento, el trabajo de campo directo, sobre el terreno, actual o pasado, como aglutinador de saberes de distinta procedencia, se ilustra con la práctica de investigación y la enseñanza en sociología del trabajo, ergonomía y arqueología industrial, contraponiendo este enfoque a la «sociología de despacho» que prefiere los «modelos limpios» y distantes a «mancharse» las manos con la realidad concreta. Finalmente se plantean algunos de los problemas de la «socialización» de los conocimientos sociológicos con un contraste con la literatura que se basa, también, en el trabajo de campo y el conocimiento directo sobre el terreno.

ABSTRACT

As an step in a reflexive program of research about the Sociology of Work (and more widely about sociology *tout court*), the author proposes, with his own professional practice as reference, that the approach or perspective that takes fieldwork as necessary correlate of theoretical thinking (and viceversa), is the melting pot where converge different disciplines in social sciences: sociology, anthropology, ergonomics, history, industrial archaeology... The emphasis is, instead of a new call for interdisciplinarity, in an approach, or knowledge style, where we think for doing fieldwork, and we do fieldwork for think again. Differences are more through disciplines and inside them. This argument, fieldwork (in past or present), as a convergence of different knowledges is illustrated with the praxis of research and teaching in ergonomics, sociology and industrial archaeology, and is contrasted with «desk sociology». Finally, the author explores some of the problems of «socialization» of sociological findings, comparing it with literature based, also, in fieldwork.